

—Sí, por supuesto —dijo Lurnstein—. Yo en una época también tuve ideales, como todo el mundo.

Se había inclinado hacia atrás desde la mesita en la que estaba servido el té y contemplaba mi retrato a medio terminar. Yo llevaba posando largo rato y su hermoso juego de té de porcelana fina azul y blanca constituyó un verdadero alivio.

Se le veía muy apuesto, pensé yo, a la dorada luz de la tarde, con aquel pintoresco sobretodo que usaba dentro del estudio; era judío, claro está, pero tenía un aire tan distinguido que uno pasaba por alto sus regordetas manos y otros signos de mala crianza.

—Tal vez le gustaría saber algo de mi vida —dijo—; puedo asegurarle que no ha sido carente de interés.

Encendió otro cigarrillo, empujó la pitillera, una bella muestra de incrustaciones de estilo moruno, hasta dejarla a mi alcance y luego, dando una fuerte calada, empezó:

—Inicié mi vida desde tan abajo como cualquier inglés de nuevo cuño. Mi padre era judío y vivíamos en el barrio judío, tocando a Commercial Road. Cuando estaba sobrio, mi padre era muy bueno conmigo y mis hermanos. Mi madre nunca tuvo demasiada importancia para mí, aunque ahora reconozco que debió de ser una mujer muy diligente y bastante maltratada, pues sobre ella recaía toda la carga de mantener a su marido y su extensa familia.

»Desde que tengo memoria siempre he sentido interés por dibujar; de pequeño utilizaba cualquier trozo de papel y cualquier cabo de lápiz que hubiera a mano, pero con las líneas no me sentía satisfecho: yo quería colores y tonalidades. Y estas cosas no me las podía permitir. Mi mayor placer entonces eran las tizas de colores: solía cogerlas del escritorio del rabino que llevaba la sinagoga local y al que visitaba una vez por semana para aprender la religión. Y es que mi padre, pese a ser bastante indiferente en este sentido, siempre insistió mucho en que yo fuera a la sinagoga. Recuerdo que el rabino empleaba esas tizas para dibujar mapas de las divisiones de las tribus.

»Un día me pilló cogiendo sus tizas, pero, en vez de pegarme, como habría hecho el

maestro pelirrojo del internado, empezó a preguntar por mi afición al dibujo y al final me convenció para que le dejara enseñar algunos trabajos míos a sus amistades ricas. Porque el propio rabino era hijo de un hombre muy rico y había estudiado en la universidad y tal, pero había sacrificado todo eso para ayudar a sus compatriotas de los barrios bajos. Le aseguro que los rabinos llevan a cabo tantos sacrificios personales en el barrio yiddish como cualquiera de los curas de Kennington, sólo que no se jactan de ello.

»Pues bien, el rabino enseñó mis dibujos a sus amigos del oeste, y unos días más tarde un hombre con chistera y polainas se presentó en casa preguntando por mí. Repartió medias coronas entre todos mis hermanos, pero a mí no me dio, y recuerdo que me enfadé mucho hasta que oí que me llevaba con él y que me enseñaría a pintar.

»Ese fue el comienzo de mi “carrera”. Aquellos judíos me organizaron la vida durante los nueve años siguientes, y yo pinté como me enseñaban en la academia. Todo el mundo fue muy bueno conmigo; me presentaron a muchos hombres ricos, no sólo judíos adinerados, sino también caballeros de la clase de usted, gente que invierte mucho dinero en aburrirse y que los novelistas de clase media baja llaman “sofisticada”. A todo esto fui puliendo mis modales y convirtiéndome en un pequeño caballero. Sin embargo, no había un solo momento, y más cuando notaba el grano del lienzo bajo mis pinceles, en que no me sintiera insatisfecho.

»Cuando cumplí diecinueve años me regalaron un estudio, no como éste, por supuesto, sino un cobertizo que no estaba mal, con buena luz del norte, y me establecí como retratista de la buena sociedad. Durante un tiempo pinté, dejándolas bien, a las señoras feas y viejas que acudían a mí, pero pasado un tiempo vi que no podía aguantar más. Pintaba mal, eran retratos insípidos y faltos de sinceridad, y sabía que podía hacerlo mejor. Me di cuenta de que el concepto que me habían enseñado en la academia era falso; sí, ya sé que suena raro dicho ahora, pero cuando somos jóvenes vemos las cosas con más claridad.

»Aquel otoño desembarcaron en Londres los futuristas italianos y Marinetti expuso sus ideas, con aquel defectuoso inglés, en una serie de conferencias en la galería Dorée. Fue allí, y concretamente en las escenas de danza de Severini, donde encontré lo que yo y medio Chelsea andábamos buscando.

»En aquel entonces era muy impulsivo, y cuando volví y encontré en mi habitación la maleta que había estado preparando para una gira por Italia con los judíos (todavía me organizaban la vida, pese a que yo en aquella época me la ganaba bastante bien), sentí asco de mí mismo. Les escribí una nota, breve y me temo que grosera, cerré la puerta del estudio y volví a salir a la calle.

»No tengo una idea nada clara de lo que sucedió aquella noche. Sé que fui al Café Royal y que tomé absenta. Al poco rato me uní a un grupo que había en otra mesa y,

como hacen los falsos bohemios ingleses, bebimos y reímos mucho y después salimos a tomar el fresco a Regent Street. En el grupo había varias chicas, llevaban el pelo muy corto, pese a que entonces no estaba de moda. El cabecilla del grupo era un apuesto joven con cabellos de un rubio rojizo al que llamábamos Ronald. No llegué a saber nunca su apellido, a pesar de que nos vimos con mucha frecuencia durante todo un año, además de compartir su estudio con él. Pintaba cuadros “abstractos” de furiosos colores cálidos, empleando tremendas dosis de energía que lo dejaban aletargado y apático. Fue un gran amigo mío durante el año que pasé en aquel remedo de Quartier Latin. Y es que después de aquella noche corté con los judíos y me dediqué a frecuentar a los estudiantes de arte y a los futuristas. Éramos un grupo feliz, y de hecho podría haber considerado aquella época como la mejor de mi vida si...

»En fin, durante aquel año pinté como nunca había pintado hasta entonces y como nunca pintaría después. Pinté como sabía que debía hacerlo sin atenerme a convenciones ni restricciones. Expuse en la Mansard Gallery y en la Adelphi, aparecieron reseñas de mi obra en “Blast” y “The Gypsy”. Era increíblemente feliz con mi trabajo, pero duró poco, y fue por culpa de una mujer.

»Si no le importa, prefiero no hablar mucho de eso. Yo estaba locamente enamorado y Ronald no paraba de decirme que no fuera tonto. No le hice caso y empecé a separarme de mis amigos. Ella era modelo y su figura sigue siendo hasta hoy la cosa más bella que jamás haya temido ver... Rompimos, como había vaticinado Ronald. Hice pedazos todos mis dibujos y cebé la estufa del estudio con ellos. Raspé la pintura de mis telas con la espátula; y tuve una gloriosa noche de autocompasión, aquello de “rosas, rosas arrojé con la desenfrenada muchedumbre, buscando apartar de mi mente tus pálidos lirios”. Armamos mucho ruido, bebimos mucho, estuvimos contando chistes rabelesianos hasta que despuntó el día, y en el gris amanecer me escabullí para volver a la vida respetable y a los judíos.

Hasta ese momento había estado hablando con gran seriedad y amargura. Sacudió ahora sus grandes hombros como hacen los perros, echó la cabeza atrás e, indicándome que volviera a mi pose, cogió la paleta.

—Fui recibido con los brazos abiertos, se lo aseguro. Y Mayfair me aceptó como la atracción de su temporada. Volví a mi antigua existencia. Me hicieron miembro de la Real Academia y... ¿Feliz? Hombre, sí. ¿Por qué no iba a serlo? He triunfado en la vida. Pregunte a cualquiera de sus amigos del club, ellos se lo dirán. Pero a veces, cuando veo una reseña de la obra de Ronald y oigo los comentarios burlones de mis académicos colegas, yo... Bueno, sigamos con el maldito retrato mientras haya luz.